



## LECTURAS

Lucía Valdez D'Stefano, Daniel Matusevich

### La campana de cristal

Sylvia Plath

Literatura Random House, 2020.

Sylvia Plath nació en 1932 y se suicidó en 1963, un mes después de publicar su primera y única novela, *La campana de cristal*, que fue editada bajo el seudónimo de Victoria Lucas, en parte para evitar conflictos con su familia, ya que es una novela semi autobiográfica, pero, principalmente, porque su autora no creía que fuera a tener éxito.

Pareciera que la obra fue pensada más que nada como un ejercicio que contribuyera a exorcizar los demonios que perseguían a la autora desde la temprana muerte de su padre, cuando ella tenía 9 años.

Al respecto Al Álvarez (muy cercano a Plath en la época que ella se suicidó) plantea que para el propio artista el arte no es necesariamente terapéutico, ya que, no por expresar de la manera que sea las fantasías se siente un alivio automático; en palabras del mismo Álvarez “... por cierta lógica perversa de la creación, el acto de la expresión formal puede ponerle más al alcance el material desenterrado”. Pareciera que este fue el caso de nuestra autora.

Cuando se publicó en 1971 en los Estados Unidos la novela quedó relacionada directamente con el suicidio de Sylvia y casi todos los análisis que se realizaron de la misma fueron a partir del infausto final de la autora, dejando de lado el clima de época y la relación de las mujeres con los tratamientos psiquiátricos. Plath retoma el trabajo de Christine Lavant (*Notas desde un manicomio*, escrito en 1935 y publicado en español recién en 2018), profundizando muchas de las ideas de esta autora a la vez que haciéndolas pasar por el tamiz de sus propias experiencias y de su propio tiempo.

Más allá de que la mayoría de la crítica siempre la consideró un trabajo menor o menos deslumbrante que sus poemas, es sin duda una obra de avanzada para la época en la que fue escrita y adelanta muchos de los temas que fueron retomados a fines de la década de los '70 con el auge de los movimientos feministas.

Esther Greenwood, la protagonista, es una aspirante a poeta que, luego de un primer año universitario exitoso, gana una beca para pasar el verano en Nueva York escribiendo en la revista femenina *Ladie's Day*. “Se suponía que lo estaba pasando en grande” pero, desde el comienzo de la novela, Esther no se encuentra conforme y este será uno de los ejes más importantes de la narración. La historia se centrará a lo largo de esas primeras páginas en lo que ella desprecia y en lo que no quiere ser: “...así empecé a pensar que casarte y tener hijos era un lavado de cerebro y después ibas atontada como una esclava en un estado totalitario privado”.

La protagonista sufre además una serie de desilusiones: su novio le parece un hipócrita y no la entiende, la redactora de la revista le marca todo lo que le falta para poder dedicarse a la escritura y, lo más importante, es que en el fondo no sabe qué quiere hacer con su vida. Esther se siente presa del clima asfixiante en el que vivían las mujeres de la época, fuera de lugar, incapaz de cumplir con las expectativas ajenas y propias, tal como lo expresa en múltiples ocasiones, incluso enumerando todas las cosas que no sabe hacer (taquigrafía, cocina, baile): “La única cosa que se me daba bien era conseguir becas y premios, y esa época estaba tocando a su fin”.

Hasta acá bien podría tratarse de una novela únicamente acerca de la búsqueda de identidad y de la madurez, un retrato de la artista adolescente que fue Sylvia, tal como se la ha caracterizado en muchas oportunidades.

Pero las cosas cambian y se oscurecen cada vez más: al volver a su casa en Massachusetts, su madre le informa que no ha entrado en el curso de literatura de verano que planeaba hacer. A partir de ese momento el deterioro en la salud mental de Esther adquiere cada vez mayor preponderancia, a medida que van pasando

las páginas la sensación de estar encerrada y oprimida dentro de una campana de cristal se incrementa.

El objetivo de este comentario no es ahondar en la trama, pero sí destacar que la novela hace hincapié en el sufrimiento de la protagonista, en las noches de insomnio, en la desesperanza y en los intentos de quitarse la vida.

Como dijeron las críticas en el momento de su publicación, el libro no intenta encontrar una solución, su segunda mitad es más bien un paseo por la pesadilla que vive Esther.

En el pasado la psiquiatría no siempre fue amable con las personas catalogadas como “locas”, pero ser mujer agrega una serie de factores adicionales, o, mejor dicho, obstáculos a la hora de hacer tratamiento o estar internada. Tal como lo describe Nellie Bly en su libro *Diez días en un psiquiátrico* (ver comentario de esta Sección en el número anterior), publicado en 1887, a las torturas implementadas en esos años como excusa de tratamiento (baños de agua helada, golpes, hacinamiento, comida en mal estado, etc.) se añade la omisión del principio de autonomía.

Leemos muchos ejemplos acerca de cómo ser mujer se encuentra íntimamente relacionado con no ser escuchada; las pacientes son examinadas por aproximadamente cuatro doctores distintos, que muchas veces realizan preguntas que poco tienen que ver con la psicopatología y, en otras, intentan averiguar si existe un esposo, entendido como un “informante válido”, para conocer mejor la historia de la paciente. Tener un esposo es suficiente para evitar el encierro, pero a veces un desamor es también la excusa para ser internada “*Las enfermeras me preguntaban sin cesar so-*

*bre mi casa, y todas parecían creer que tenía un amante que me había dejado sola y que me había enloquecido*”, relata Bly.

Leer este libro en la actualidad es como mirar por una pequeña ventana hacia la psiquiatría y los psiquiatras de los años '50, no tan distintos a los retratados por Nellie Bly a fines del siglo anterior en cuanto al paternalismo con el que se desempeñaban; en este caso encierro, inyecciones de insulina, dolorosos electroshocks y lobotomías en primer plano.

Un detalle para nada menor es que el destino de Esther cambia cuando se encuentra con la Dra. Nolan: “*...me sorprendió que me tocara una mujer. Creía que no había mujeres psiquiatras*”.

Analizar *La campana de cristal* y textos como el de Nellie Bly, con el antecedente muy válido de Christine Lavant, nos permite reflexionar acerca de los distintos tratamientos implementados durante el siglo pasado. Pero, si además de eso, nuestra lectura es con perspectiva de género, podemos empezar a cuestionarnos el lugar que ocupaba la mujer en esos años y cuánta de la psicopatología presentada muchas veces tenía que ver con las dificultades para adaptarse a las exigencias culturales de esa época.

Hacia el final, no llegamos a ver cómo es que la protagonista logró rearmarse, pero algo es seguro: desde el comienzo sabemos que todo lo que no quería para su vida se cumplió al momento de escribir esas páginas: “*Uso las barras de labios de vez en cuando, y la semana pasada corté la estrella de plástico de la funda de las gafas y se la di al bebé para jugar*”.